

cosa pidiéreis al Padre en mi nombre, creed que os será concedida (1).

Comprendamos, pues, Señores, cuánto debemos á Jesucristo por haber instituido la Sagrada Eucaristía, para perpetuar en la tierra la oblacion salvadora de su cuerpo y sangre, y llenos de gratitud y de amor aprovechémonos de este inefable beneficio, asistiendo con fe y con humildad al gran sacrificio. Ofrezcámoslo á Dios en union del mismo Jesucristo que se inmola en manos del sacerdote, participando de él por la comunión, que es el complemento de esta obra divina.

Siempre, Señores, y en todos los pueblos, lo mismo en el hebreo, que conservó las tradiciones primitivas, que en los gentiles que las adulteraron, siempre la manducacion de la víctima era considerada como la consumacion del sacrificio. Comiendo lo que se habia ofrecido á Dios, y era mirado como cosa santificada y hecha divina por la aceptacion del sacrificio, figuraban confirmar su alianza con Dios y unirse á él por la participacion de lo que era suyo, para recibir el fruto de la inmolation. En el sacrificio sangriento de la Cruz no pudo tener lugar esta participacion, y Jesucristo lo realiza en el Eucarístico con aquellas palabras: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado á la muerte: tomad y bebed; esta es mi sangre, que se derramará para vuestro rescate (2). Por ello decia San Ambrosio: Si cuantas veces se derrama místicamente esta sangre, se ofrece en remision de los pecados, debo recibirla siempre, para que siempre se me perdonen. Ya que soy débil y caigo siempre, debo tomar todos los dias esa

(1) Joann. XVI, 23.

(2) Matth. XXVI, 28.

medicina (1). Por ello la Santa Iglesia, en el Concilio de Trento, exhorta á todos los fieles á que asistan al augusto sacrificio del altar, y á que no se priven de la participacion perfecta de él por la Comunión eucarística (2). Por ello el mismo Jesucristo, al anunciar la grande obra de su amor, decia á las turbas: Si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendreis vida en vosotros: el que come mi carne y bebe mi sangre, vivirá eternamente, porque vivirá de mi misma vida (3).

La comunicacion de esta vida consumando su union con nosotros, es lo que se propuso el Salvador al instituir la Sagrada Eucaristía. Fijemos en ello nuestra consideracion.

## SEGUNDA PARTE.

Tomad y comed: este es mi cuerpo. Tomad y bebed: esta es mi sangre (4). Ved aquí, Señores, la mas sublime manifestacion de la caridad infinita con que nos ama el Verbo hecho hombre. Con razon dice San Juan: Como

(1) Si quoties effunditur sanguis, in remissionem peccatorum funditur, debeo illum semper accipere, ut semper mihi peccata dimittantur. Qui semper pecco, semper habere debeo medicinam. (S. Ambros., *De Sacram.*)

(2) Optaret S. Synodus, ut singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed Sacramentali etiam Eucharistiæ perceptione communicarent. (*Conc. Trid.*, sess. 22, cap. 6.)

(3) Joann. VI, 54.

(4) Matth. XXVI, 26, 28.

amase á los suyos, los amó hasta el fin (1); esto es, como explica Santo Tomás, hasta el último término del amor, deteniéndose allí, porque no puede ir mas allá (2). Ved aquí tambien satisfecha la última aspiracion del hombre, que sintiendo la suavísima presion de la caridad divina, y amando á Jesucristo con todo su corazon, anhela unirse á él, y exclama con el Profeta: Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma te desea á ti, oh Dios (3); y con los siervos de Job, cuyo amor á este les hacia repetir: ¿Quién nos dará saciarnos de su carne? (4)

La caridad con que nos ama el Verbo, le hizo tomar nuestra naturaleza, y habitar con nosotros. Esa caridad le impulsó á sacrificarse en la cruz para redimirnos, y pareciéndole poco, porque podia mas, le hizo quedarse en nuestra compañía, á la vez que está en el cielo á la diestra del Padre, porque tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres (5); y le llevó por fin á dársenos en alimento, para estar en cada uno de nosotros con union tan íntima como la del alimento con quien lo toma (6).

Hablando un dia con sus discípulos, les decia: He venido para que los hombres tengan vida, y vida mas abundante; esto es, la vida de la gracia que les prepara la vida de la gloria (7). Abriéndoles otra vez su corazon, añadía: Manteneos en mí, y yo en vosotros, por union ín-

(1) Joann. XIII, 1.

(2) Ad ultimum finem amoris. (S. Thom.)

(3) Psalm. XLI, 2.

(4) Job. XXXI, 32.

(5) Prov. VIII, 31.

(6) Uniuntur enim in unitate corporis cibus et sumens. (S. Thom. Opusc. 58, c. 5.)

(7) Joann. X, 10.

tima y amorosa (1). Como el Padre me amó á mí, os amé yo á vosotros. Manteneos, perseverad en mi amor (2). Esa comunicacion de vida, esa union estrecha, ese amor como el amor del Padre, es lo que se propone y realiza en la Sagrada Eucaristía, dándonos en alimento para completar la obra de su bondadoso designio de restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, y levantarnos hasta ser como Dioses.

Recordemos, para comprenderlo mejor, las palabras que dijo al anunciar este prodigio de amor un año antes de su muerte. Yo soy el pan vivo, que he bajado del cielo: si alguno comiere de este pan, no morirá, sino que vivirá eternamente. El pan que yo daré, es mi carne para vida del mundo. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Como me ha enviado el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, el que me come vivirá por mí. El que come este pan vivirá eternamente (3).

Estas palabras de Jesucristo nos hacen conocer, que en el Sacramento Eucarístico nos da un principio fecundo de vida espiritual, un lazo que nos estrecha íntimamente con él, y una comunicacion de amor que nos deifica, por así decirlo.

Vosotros lo sabeis, Señores. En el paraíso, destinado para habitacion del primer Adán, puso Dios el árbol de la vida (4), cuyo fruto debia conservarle en la integridad de sus fuerzas, y hacerle inmortal (5). Prefirió el hom-

(1) Joann. XV, 4.

(2) Id. id., 9.

(3) Id. VI.

(4) Gen. II, 9.

(5) *A Lapide* in Gen. cap. 2.

bre la fruta de otro árbol funesto, y arrojado en castigo de aquel lugar de delicias, quedó privado de los benéficos influjos del primero, y sometido á la muerte. En la restauracion por el segundo Adan, no devuelve Dios al hombre aquel árbol, porque su efecto era solo para el cuerpo, y Dios no le quiere inmortal sobre la tierra, y porque no le destina ya al paraiso terrenal, sino al eterno del cielo. Pero le prepara en cambio otro fruto de vida, que es el pan bajado del cielo, para dar al mundo la vida espiritual (1). Yo soy, dice Jesus, el pan de la vida: el que le come, vivirá eternamente (2). Tomad y comed mi cuerpo, que es ese pan (3): el que se alimenta de mí, no morirá de muerte eterna (4).

¿Cómo ha de morir, dice San Ambrosio, aquel cuyo alimento es la misma vida, el Verbo en quien está la vida, y que se hizo carne para vivificar al hombre muerto por el pecado? (5) El cuerpo de Cristo nos vivifica, dice San Cirilo, y por su virtud nos libra de la corrupcion del pecado (6); porque es alimento de inmortalidad, añade San Cipriano con San Ignacio, y una medicina para que no muramos, sino que vivamos siempre (7), librándonos por ello de las culpas cotidianas, y reser-

(1) Sicut in paradyso lignum vitæ fuit, quo jugis subsisteret status hominis, ita provisum est in Ecclesia hoc mysterium salutis. (Paschas., *De Corp. et Sang. Dom.*)

(2) Joann. VI, 51, 52.

(3) Matth. XXVI, 26.—Joann. VI, 52.

(4) Id. id., 59.

(5) ¿Quomodo morietur is, cui cibus vita est? (S. Ambros., *Serm.* 18 *in Ps.* 118.)

(6) Vivificat Corpus Christi, et ad incorruptionem sua virtute perducit. (S. Cirill. Alex., *in Joann.*, c. 37.)

(7) Alimonia immortalitatis. (S. Ciprian., *Serm. de Euch.*) Antidotum ne moriamur, sed vivamus semper in Christo Jesu. (S. Ignat. M., *Ep. ad Ephes.*)

vándonos de los pecados mortales, como nos enseña el Santo Concilio de Trento (1).

¡Maravillosa analogía, hermanos! Nuestra ruina tuvo origen en la palabra con que la serpiente engañó á la primera mujer. Tomad y comed, le dijo, de la fruta que Dios os prohíbe: no morireis, sereis como dioses (2). Comió Eva, hizo comer á Adan, y sobrevino la muerte del alma y la del cuerpo para ellos y para toda su descendencia (3). El Hijo de Dios, restaurador de todas las cosas, nos dice á su vez: Tomad y comed: el que come este pan, no morirá, vivirá eternamente. Tendrá en sí la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia para hacerle feliz en su alma y en su cuerpo (4). Así se reparan con inmensa ventaja las pérdidas de aquella comida fatal (5). Bendito, dice San Andrés de Creta, bendito ese fruto divino, ese pan vivo bajado del cielo, que comido por Adan pecador, es decir, por la descendencia del primer padre, le hace arrojar de su seno el bocado antiguo que habia tragado inconsideradamente. Bendito ese fruto que endulza la amargura del árbol funesto, y purifica á la naturaleza humana: ese fruto que se convierte en un pan nuevo, en alimento no preparado en tierra labrada, en el pan de la vida, esto es, el cuerpo del Señor y el cáliz de inmortalidad y de bebida saludable (6).

(1) Antidotum quo liberamur a culpis quotidianis, et a peccatis præservamur. (*Conc. Trid.*, sess. 13, cap. 2.)

(2) Gen. III, 4.

(3) Id. id., 6.—Rom. V, 12.

(4) Joann. VI, 55.

(5) Homo cecidit a vita beata per cibum corporalem a Deo vetitum, et ab homine usurpatum, diabolo suggerente, et ideo conveniens existit ut similia similibus, et contraria contrariis curarentur, quod scilicet homo reduceretur ad vitam, a qua ceciderat, per cibum similiter corporalem a Deo præstitum, et ab homine sumptum, ipso Dei Filio ministrante et imperante. (S. Thom., *Opusc.* 59, c. 6.)

(6) Benedictus fructus de quo comedens Adam protoplastus veterem illam sorbitionem qua deceptionis escam admisus est, evomuit: fructus

Jesucristo pasa adelante y nos dice: El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él (1). Ya no es solo la vida espiritual la vida de la gracia comunicada al alma por este Sacramento con mas abundancia que por los demás, puesto que nos alimenta de sí mismo el Verbo encarnado, lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos (2), y que nos dice en el Evangelio: El que tenga sed, venga á mí y beba, y en su seno brotará fuente de aguas vivas, que saltan hasta la vida eterna (3). Es mas lo que se nos promete: es la union con Jesucristo, que habita y permanece en nosotros, y nosotros en él.

El Verbo tomó nuestra carne y la divinizó en su persona, y esa misma carne así divinizada, nos la da en alimento para hacernos participantes de la nobleza que de su union personal recibiera (4). ¡Qué amor, hermanos! ¡Y cómo nos explica la sublime grandeza de nuestra restauracion por Jesucristo!

Apoyados en la autoridad del divino Maestro, escribe San Fulberto, nos atrevemos á decir que por la Comunión nos incorporamos con él, y él permanece en nosotros, no solo por la concordia de voluntades, sino por la realidad de la naturaleza unida; porque si el Verbo se hizo carne, y nosotros recibimos ese Verbo-carne, no podemos menos de reconocer que Cristo está y habita en

unde amari gustus ligni dulcoratio, humanam naturam depurgans manat..... fructus ex quo vitalis ille panis (Corpus scilicet Dominicum) producit: immortalitatisque Calix salutaris potio exhibetur. (S. And. Cret., *Serm. 1 de Annunt.*)

(1) Joann. VI, 57.

(2) Id. I, 16.

(3) Id. VII, 38.

(4) Volui frater vester fieri: carni propter vos, et sanguini communicavi: vobis vicissim ipsam carnem et sanguinem, per quæ cognatus vester factus sum, trado. (S. Joann. Chrysost., *Hom. 61 ad pop. Antioch.*)

nosotros (1). La Comunión Eucarística, añade San Hilario, hace que estemos en Cristo y Cristo en nosotros, y esto es una verdad que no puede negar quien crea que Jesucristo es Dios, ya que él mismo nos lo enseña (2). Porque el hombre, en su pequeñez, no podía alimentarse del Verbo, dice San Agustín, este se hizo carne para que pueda comerlo el hombre (3); y así como el pan se encarna en la madre y pasa por sus pechos la sustancia de él para alimentar á sus hijos, así se encarnó el Verbo y pasa por la Eucaristía para comunicarse al hombre hecho Hijo de Dios (4).

Union la mas estrecha, comunicacion la mas amorosa que concebirse pueda, dice Santo Tomás. No basta á la caridad del Verbo haberse hecho hombre para ser compañero de nuestra peregrinacion; no le basta haberse humillado para servir al hombre en sus necesidades y miserias; no le satisface haberse dado en precio de nuestro rescate. Todo esto deja todavía entre él y nosotros alguna separacion, y queriendo su amor llegar á una union omnímota, se nos da en alimento, ya que se

(1) Magistri auctoritate animati, dum Corpori ejus et sanguini communicamus, audenter fatemur nos in Corpus illius transfundi, et ipsum in nobis manere..... non solum per concordiam voluntatis, sed per naturæ unitæ veritatem. Si enim Verbum caro factum est, et nos vere Verbum carnem cibo dominico sumimus, ¿quomodo non naturaliter Christus in nobis manere existimandus sit? (S. Fulb. Carnot., *Ep. 1 de Ven. Euch. Sac.*)

(2) Hæc accepta atque hausta id efficiunt, ut nos in Christo, et Christus in nobis sit. Anne hoc veritas non est? Contingat plane iis verum non esse, qui Christum Jesum verum esse Deum negant. (S. Hilar., lib. 8, *De Trinit.*)

(3) ¿Quare hoc factum est propter te? Ut sugeres, qui manducare non poteras. (S. Aug., *Tract. 1 in Joann.*)

(4) Incarnatur panis, et trajicitur per mamillam ut veniat ad infantem: incarnatur Verbum, et trajicitur per Eucharistiam, ut veniat ad hominem. (S. Aug., *in Ps. 33.*)